

los mayores esfuerzos por reunir prosélitos: no seais vosotros del número de los incautos. El mundo solo puede ofrecerle deleites pasajeros: la incredulidad os ofrecerá flores para que orleis vuestras sienas, pero son flores que se marchitan. ¿Quereis ser felices? Acercaos siempre á Jesus por medio de María. Refugiados en la llaga de ese corazón sacratísimo, donde estareis libres de todos los males y donde nada tendreis que temer. María, nuestra Madre, que desea como su divino Hijo nuestra salud eterna, os ayudará si sois verdaderos devotos de sus Dolores. ¿Rehusareis el hacerlo? ¡Ah! Que esto equivaldria á renunciar el cielo, y no os creo tan insensatos. Amad á María, no con los labios, sino con el corazón, y adelantareis rápidamente en el camino de las virtudes, que os han de conducir á la eterna felicidad. Vamos ahora á continuar nuestras pruebas de religion, demostrando la necesidad de una Iglesia docente y de su carácter distintivo.

SEGUNDA PARTE.

Desde el momento, señores, en que me comprometí, á pesar de mis débiles fuerzas y escasos conocimientos, á dirigiros mi voz durante el presente Novenario, me propuse trabajar en cuanto me lo permitiese mi inteligencia por la gloria de Dios, el honor de su Madre que es nuestra Madre, y para nuestra utilidad y espiritual aprovechamiento. Por eso os advertí en la primera tarde que en vano esperaríais que os hablase con artificio, ni que usase de vanas y pomposas frases. Esta sagrada cátedra exige de los ministros de la religion, no la elocuen-

cia del tiempo, sino la elocuencia de la eternidad; no propia gloria, sino la gloria de Aquel en cuyo nombre hablan. Yo me lleno de regocijo, y mi corazón rebosa en las mas dulces expansiones, al observar que conociendo vosotros vuestros deberes, seguís asistiendo á estos piadosos cultos y prestando atento oído á la predicacion evangélica. Os hablo de los dolores de María; os pinto las trágicas escenas de la Redencion, y al meditar los tormentos del Redentor y los desconsuelos de la Co-redentora, se arrasan de lágrimas vuestros ojos y suspirais de lo profundo de vuestro corazón: prueba de que sentís y compadeceis. Llamo despues vuestra atencion á la demostracion que venimos presentando de las verdades católicas, y escuchais con la mas profunda atencion y docilidad: prueba que en vosotros hay fé, y que deseais ser instruidos por la Iglesia, que es la columna y firmamento de la verdad (1). ¡Dichoso el orador que tiene la suerte de dirigirse á un auditorio semejante! Creo, señores, poder felicitar-me y felicitaros por lo fructífera que se presenta entre vosotros la semilla santa de la divina palabra. Avancemos en nuestras demostraciones.

Hemos visto ya demostrado en los anteriores discursos que Jesucristo es un Dios verdadero, el Hijo de Dios eterno, engendrado desde la misma Eternidad, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo. El cumplimiento de todas las antiguas profecías en su Persona, los grandes milagros que efectuara durante el tiempo de su predicacion y con los que confirmara su celestial doctrina, y el duelo

(1) Ad Tim. cap. III, v. 15.

de la naturaleza al consumir el sacrificio de su vida, todo nos ha demostrado claramente su Divinidad. Vengamos, pues, ahora á demostrar la necesidad de una Iglesia docente y cuál sea su carácter distintivo. Así vendremos á conocer que la Iglesia de Jesucristo es la verdadera, el arca dentro de la cual podremos descansar en los altos montes de la gloria.

Es indudable, mis hermanos, que nosotros nacemos envueltos con el tupido velo de la ignorancia. Sin tener quien nos guiara pereceríamos tan pronto como vemos la luz: ni sabemos buscar el alimento, ni resguardarnos del frío, ni distinguimos entre aquellas cosas que pueden sernos benéficas, y las que nos son dañosas. Tampoco el tierno infante conoce los peligros ni los teme: con la misma facilidad se deja resbalar por un principio, que deja caer la cabeza sobre mu-llida almohada. El hombre á su entrada en el mundo necesita un guía y encuentra este guía en la madre que le dió el sér. La madre, que necesariamente quiere á su Hijo porque es sangre de su sangre, porque le ha llevado en sus entrañas, lo acalora en su regazo, le alimenta á sus pechos, le libra de los peligros y logra irle viendo desarrollarse á costa de afanes y fatigas. ¡Oh! ¡Cuánto debemos á nuestras madres! Esa mujer que tanto ama á aquella criatura, es la que empieza á abrir en ella el manantial de su inteligencia por la lenta transmision de la palabra: le va haciendo conocer sus relaciones con los objetos externos, le esplica el nombre de cada cosa y le hace comprender quién es su padre, quiénes sus hermanos, y los demas individuos que componen la familia, á los que insensiblemente se va aficionando. Hace mas todavía la madre: dá al hijo las primeras lecciones de moralidad y de

religion: á veces sin saberlo, dado caso que sea una madre ignorante ó falta de ideas religiosas, entrega en manos del hijo un tesoro de inmenso valor, cual es la conciencia. Hace algo bueno y le premia; comete una falta y le castiga. El niño por este medio va teniendo conocimiento de su conciencia y aprende ¡oh qué enseñanza tan útil! que la virtud merece premio y la maldad castigo.

Pues bien, señores, contemplad ahora al hombre cuando ya ha salido de la niñez y ha entrado en el período de la juventud, el mas peligroso de los períodos de la vida. Ya empieza á entrar en otra sociedad para él desconocida, donde abundan los peligros, en una sociedad que causa la pérdida de tantos jóvenes á quienes hace perder con la salud del cuerpo la del alma. Tiene amigos, compañeros de quienes recibe una nueva enseñanza; la enseñanza del vicio, y es indudable que todo cuanto le rodea, las pasiones que empiezan á aparecer y á luchar contra el espíritu, los deleites, los placeres, los festines, todo en suma conspira á hacerle perder aquellas ideas religiosas que en la infancia depositó en su tierno corazón su amante madre: y justamente cuando ha llegado á la edad en que debe adquirir verdaderos conocimientos de sus deberes con respecto á Dios, á sí mismo y á sus semejantes. Ved aquí ya al hombre en la necesidad de otra madre que le guie por la senda de la verdad y le haga hacer adelantos en la enseñanza de las virtudes. ¿Y dónde encontrará esta madre, cuyo destino no es proporcionarle el alimento de la carne sino el del espíritu? En la Iglesia tan solamente. Es necesaria una Iglesia que enseñe, que instruya, que guie á las dos masas de hombres que existen en la sociedad: á los

ignorantes y á los sábios, por que los sábios tambien necesitan aprender, y en las escuelas del mundo tan solo aprenderán una ciencia que hincha y que deslumbra, al paso que la Iglesia enseña á todos sin distincion de clases, la ciencia de la salvacion, que es la mas importante de todas ellas.

Oid unas palabras solemnísimas de Jesucristo que no porque las hayais oido mil veces pierden su importancia y que por el contrario deben ser siempre escuchadas con el mayor respeto: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1). De este modo Jesucristo asegura, dice un célebre escritor, la victoria obtenida en el Calvario (2).

Voy á salir, señores, al frente de una objeccion que tal vez se le ocurra á alguno. Si es tan necesaria una Iglesia que enseñe á la humanidad, ¿cómo no se ha establecido hasta que el mundo contaba cuarenta siglos de existencia? Acabamos de nombrar á un célebre escritor que no es otro que el sábio Lacordaire, que hace pocos años arrebatava las atenciones de los varones mas eminentes de la Francia. Dejémosle contestar á la objeccion: « Todo debia llevar el sello »de la caída original, la naturaleza, el cuerpo, el »alma, la sociedad, la verdad misma, á fin de que el »hombre sintiese profundamente la necesidad de la »reparacion. No obstante, Dios no abandonó á los »hombres en los tiempos anteriores á la constitucion »de la Iglesia: les comunicó la verdad por Adán, por »Henoch, por Noé, por Abraham, por Moisés, por »una série continúa de profetas y de revelaciones. La

(1) Math. Cap. XVI, v. 18.

(2) Lacordaire.

»Iglesia misma, ó la sociedad de los hombres con Dios, »existia desde el principio: pero no existió con la »organizacion y la fuerza que ha recibido de Jesu- »cristo. Asi es que el Salvador no dice que va á esta- »blecer la Iglesia, sino que va á fundarla sobre la »piedra, sobre una piedra destinada á quebrantar á los »que caigan encima, y á todos aquellos sobre quien ella ca- »yere (1). Antes de la consumacion no estaba abando- »nado el hombre, sino preparado y sostenido. Su »condicion no valia lo que nuestra condicion ac- »tual, pero era suficiente y justa, á querer aprove- »charse de ella. El hombre se ha perdido por sus faltas, »no por falta de Dios (2).»

El carácter distintivo de esta Iglesia de Jesucris- to, donde únicamente está la verdad, es la *catolicidad*, que es una de sus notas. Vedla estendida por todas partes traspasando, á pesar de las mas crueles persecuciones, los límites del imperio romano: vedla estendiendo sus brazos por la Persia, la Ethiopía, las Indias y por todas partes. Nada ha sido suficiente á impedir sus rápidos triunfos, y llena de magstad ve pasar los siglos en su pausada marcha, caer las dinastías, hundirse en el polvo los mas florecientes imperios, mientras ella ha llegado hasta nosotros vigorosa y con su virilidad primitiva, renovando su juventud como la del águila, segun una frase de la Escritura Santa (3). Catolicidad, unidad admirable que se estiende y desarrolla al paso que se fraccionan y dividen los pueblos y naciones.

El tiempo nos estrecha y es necesario concluir.

(1) Math. cap. XXI, v. 44.

(2) Lacordaire.

(3) Renovabitur ut aquilæ juvenus. Ps. CII, v. 5.

Estais en la verdad, mis amadísimos hermanos, estando en la Iglesia de Jesucristo. Si, pues, habeis visto demostrada la necesidad de una Iglesia que enseñe, y tambien que la verdadera Iglesia es la fundada por el Salvador de la humanidad, sed fieles hijos de tan cariñosa Madre, oid sus consejos, aprended su doctrina, observad sus mandatos, y no lo dudeis, de este modo vivireis con el testimonio de una conciencia tranquila, consiguiendo vuestra dicha temporal y vuestra felicidad eterna. Amen.

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE NOVENA.

¿Cui comparabo te? vel ¿cui assimilabo te, filia Jerusalem? ¿cui excoquabo te, et consolabor te, virgo, filia Sion? Magna est enim velut mare contritio tua: ¿quis medebitur tui?

¿A quién te compararé y á quién te asemejaré, hija de Jerusalem? ¿Quién te dará consuelo, oh Virgen, hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién te remediará?

Thr. cap. II, v. 13.

Hay escenas, mis amados oyentes, imposibles de describir á la pluma mejor cortada; hay acontecimientos imposibles de narrar con palabras, y á este género pertenecen los que vienen siendo objeto de nuestras meditaciones en estos dias. Toda la elocuencia de los grandes oradores que han llamado la atencion por la sublimidad con que supieron espresar sus pensamientos, no seria suficiente á dar una idea aproximada de los dolores que experimentarä la angustiadísima Virgen de Judá en la montaña santa del Calvario. Jeremías que, atravesando divinamente inspirado por medio de los siglos, contempló á esta heroína admirable, la hace esclamar de este modo: «Mi dolor es sobre todo dolor; mi corazon está entristecido dentro de mí.